

FLORENCIA BONELLI

La Casa Neville

No quieras nada vil



LO LEÉS
ES UN BONELLI
LO VIVÍS

FLORENCIA BONELLI

LA CASA
NEVILLE

Segunda Parte
No quieras nada vil

 Planeta

Capítulo I

Viernes, 8 de noviembre de 1833. Cementerio de la Iglesia de Saint John, en Hackney, al nordeste de Londres.

Seis días después del asesinato de Jacob Trewartha, Scotland Yard se había decidido a restituirle el cuerpo de su amigo. Las bajas temperaturas habían permitido que la espera se eternizase. No se atrevían a deshacerse del cadáver porque la defensa había solicitado al tribunal la autorización para realizar una nueva autopsia. Según le había explicado el inspector Holden Brown, el día anterior el juez Blansfield había rechazado el pedido y ordenado que se procediese con las exequias.

Allí se encontraba él, en esa fría aunque soleada tarde de otoño, despidiendo al único amigo que había tenido. Nadie lo acompañaba, excepto los dos sepultureros y un pastor que declamaba el responso de manera mecánica a cambio de unos peniques. Estaba completamente solo, en esa instancia y en la vida. En suelo bengalí habían quedado las dos personas a las que había amado entrañablemente, su esposa Sally y su pequeño hijo Angus, víctimas de la malaria que diezmaba la región. Habían fallecido con un día de diferencia, primero Angus, después Sally, que se había dejado morir, devastada por la enfermedad y por la pena al enterarse de que su hijo de cinco años acababa de partir.

Había sobrevivido alentado por Jacob; con su espíritu práctico e impaciente, lo había sacudido exigiéndole que se repusiera. En realidad, lo había hecho sentir necesario, sobre todo cuando comenzaron el negocio paralelo de la venta de opio.

Tampoco olvidaría el apoyo que había significado durante las primeras semanas después de la muerte de Sally y de Angus la silenciosa y estable presencia de Sri Sananda, al que Sally y su amiga Ysella Bamford, la primera esposa de Jacob Trewartha, habían querido y admirado.

Sri Sananda lo había ayudado a asistir a su hijo y a su esposa hasta que expiraron, e incluso se quedó a su lado después del entierro. Se instaló en su casa, pese a las responsabilidades que lo aguardaban en el *ashram*, una especie de monasterio al que se acercaban a diario los muertos de hambre para ser alimentados y los necesitados de consuelo para ser consolados, y donde Sally e Ysella habían colaborado y realizado tareas de beneficencia con el joven pastor Trevik Jago, de ideas demasiado modernas y liberales para su gusto.

Durante aquellos días tras los funerales de Sally y de Angus nada le había importado, ni siquiera que el extraño indio dispusiese un jergón en el suelo y se echase a dormir en el corredor, frente a su dormitorio. Tal vez había decidido quedarse, convencido de que se volaría la tapa de los sesos. No estaba equivocado: la idea lo perseguía, e incluso había intentado llevarla a cabo, solo que, cuando fue a buscar la pistola, no la halló en el cajón donde solía guardarla. Tiempo después Jacob le contó que Sananda le había ordenado que la escondiese. Trewartha, que detestaba al sabio indio con la misma pasión que lo respetaba y le temía, obedeció y se llevó la pistola a su casa. Se la devolvió meses más tarde cuando Sananda se lo indicó, persuadido de que el suicidio ya no formaba parte de sus planes.

Aún recordaba las primeras palabras que habían intercambiado, Sananda y él, varios días después del entierro, cuando despertó de una borrachera con una resaca monstruosa, y el sabio lo atendió con amorosa disposición.

—Gracias, Sri —le dijo después de que le alcanzara la bacinilla para vomitar.

—No me llames Sri. Llámame Sananda.

—¿Por qué no Sri?

—Es solo un título que me ha dado la gente —dijo con simpleza.

Los días transcurrían en un silencio que lo desconcertaba, pues no lo incomodaba; por el contrario, lo serenaba. Para su sorpresa, le gustaba ubicarse junto al indio mientras este se sentaba sobre la alfombra de la sala con los pies cruzados y se quedaba dormido en esa extraña posición; al menos, parecía dormido. Una calma difícil de describir se cernía sobre la casa, sobre su cuerpo y en especial sobre el ritmo de su corazón. No había felicidad, tampoco tristeza; se trataba de una

sensación de sosiego que en esa instancia, frente al féretro de su amigo, habría añorado experimentar de nuevo.

Alzó la vista, y allí, del otro lado del foso, se hallaba el hombre cuyo recuerdo acababa de evocar: Sri Sananda. Dio un paso atrás de manera instintiva, asustado por la posibilidad de que se tratase de una visión. Había bebido, pero no tanto para alucinar. Recordó que Jacob le había contado que el viejo sabio había llegado a Londres con los cuadernos que Ramabai le había robado antes de escapar. La joven princesa había demostrado una vez más su astucia al confiárselos a su guía y maestro.

Sri Sananda le sonrió. El gesto lo tranquilizó y le resultó de una familiaridad asombrosa. Llevaba una capa gruesa enroscada en torno al cuerpo y la cabeza cubierta por un gorro de fieltro similar a un fez y se apoyaba en el cayado de un pastor. Su exótica apariencia le mereció un vistazo despreciativo del pastor, que apuró las últimas líneas del responso con la voz endurecida. Cerró el breviario y asintió en dirección a los sepultureros, que hicieron descender el féretro en el foso sirviéndose de cuerdas. Tras algunas paladas de tierra, el clérigo se despidió con un severo saludo después de haber echado dentro de la faltriquera los tres peniques prometidos. Se los entregó sin lamentarlo, pese a que se trataba de una fortuna para él dada su precaria situación financiera.

Permaneció un rato mirando cómo la tierra iba cubriendo el ataúd. Sananda bordeó el foso y se ubicó a su lado.

—¿Cómo has sabido que estaba aquí? —lo interrogó—. Creí que era un secreto.

—Recordé que Sally hablaba siempre de su pueblo natal, de Hackney. Imaginé que habías venido aquí a buscar refugio.

«Buscar refugio», repitió para sí, y juzgó acertada la expresión.

—Londres se ha convertido en un sitio indeseable —confesó—. Todos me buscan, acreedores y periodistas. No tenía paz.

—Lo sé.

—¿Por qué estás aquí?

—A Sally no le hubiese gustado que te dejase solo en este momento.

—Gracias —atinó a mascullar, afectado por la respuesta.

Cruzaron el terreno en silencio. La noche iba cayendo poco a poco, inexorablemente. El único sonido lo componía el delicado golpe del

cayado de Sananda sobre el suelo. Sintió alivio de contar con la compañía de ese hombre, incluso alegría. ¿Por qué estaba allí? Sananda sabía que tanto él como Jacob habían planeado deshacerse de Ramabai. ¿Qué locura se había apoderado de ellos? Sacudió la cabeza, chasqueó la lengua, pero Sananda no dijo nada, ni siquiera alzó la vista para mirarlo.

—¿Regresarás a Londres?

—No —contestó el indio—. Es tarde y he despedido al birlocho que me condujo hasta aquí. ¿Dónde te alojas tú?

—En una posada, a pocas calles de aquí. Vamos —dijo, y le indicó el camino.

El tabernero se decidió a darle una habitación al extraño del cayado solo cuando este puso una corona sobre el mostrador y aceptó llevarle una cena para dos cuando le prometió una cifra similar.

Media hora más tarde, después de haberse lavado y cambiado la camisa, llamó a la puerta de la habitación contigua. Sananda le abrió y lo invitó a entrar. La cena estaba servida. Aunque hacía días que no comía decentemente, no tenía apetito. Lo había perdido todo, incluso la dicha que procuraba un buen plato de comida. Notó que sobre la mesa no había cerveza, sino una tetera. Sananda no le permitiría emborracharse; lo obligaría a enfrentarse a sus errores y a sus demonios en un incuestionable estado de sobriedad.

Contra todo pronóstico, y tras un primer bocado, le volvieron las ganas de comer. La cena transcurrió sin palabras y le recordó a las compartidas con el sabio después de las muertes de Sally y de Angus.

No supo por qué empezó a hablar y a soltarle la verdad si no había bebido una gota. La lengua se le aflojaba si bebía, defecto que Jacob le había reprochado en muchas ocasiones. Sobrio, era un hábil simulador. Con Sananda, nada era como debía ser.

Le contó lo de las actividades ilegales que iniciaron con el opio e intentó justificarse alegando que la Compañía merecía ser estafada como ella estafaba a diario al pueblo indio desde hacía décadas. Le refirió acerca de las amantes que desfilaban, una después de otra, tras la muerte de Sally, jóvenes nativas pobres y, por tanto, vulnerables. Evocó a una en particular, a la que había obligado a abortar; la muchacha, de solo dieciséis años, murió días más tarde devorada por una infección. Lloró al recordarla consumirse delante de sus ojos. Se

pasó las manos varias veces por el rostro para secarse las lágrimas y para espabilarse.

Le confesó lo peor, el plan urdido para deshacerse de Ramabai y de las pequeñas, un lastre demasiado pesado para Jacob Trewartha, que deseaba cumplir su sueño: convertirse en el presidente de la Corte de Directores de la Compañía.

—Desde ese día, todo fue de mal en peor —admitió en un murmullo deprimido—. Al final, terminó por derrumbarse. Ahora Jacob está muerto y yo en la ruina.

—¿Tienes miedo? —lo interrogó Sananda con manso acento.

—Pánico —confirmó—. Estoy solo y arruinado

—No estás solo. Me tienes a mí.

—¿Por qué quieres ayudarme?

—Porque lo necesitas.

Se quedó mirando al anciano indio hasta que la imagen del otro lado de la modesta mesa perdió los contornos a causa de las lágrimas. Se cubrió la cara y se echó a llorar de nuevo con un sentimiento devastador. Sananda le permitió hacer sin pronunciar una palabra. Le sirvió una taza de té.

—Bebe —lo instó—. Ahora que has llorado, ahora que has sacado fuera el dolor que guardabas en tu corazón, empezarás una nueva vida.

—¿Cómo? No, no —se empecinó—, es imposible. Dios se ha olvidado de mí. Me quitó lo que más amaba, mi pequeño Angus y mi amada Sally. Él me detesta y yo lo detesto a Él. No hay redención para uno como yo.

—La redención existe porque nuestra naturaleza es falible. Por supuesto que hay redención para ti.

—Tienes demasiada fe en mí, Sananda. Soy un pecador impenitente, sin salvación. —Igualmente, le preguntó—: ¿De qué modo uno como yo podría redimirse?

—Hay un joven muchacho en Londres, privado de su libertad, acusado de un crimen que no ha cometido, al que solo tú puedes ayudar. Su destino está en tus manos. Redimiéndolo a él comenzarías a obtener tu propia redención.

Después de superar un instante de sorpresa, asintió. Se puso de pie. Sananda lo imitó y lo acompañó hasta la puerta. Le deseó las

buenas noches y se marchó. Descendió a la planta baja. Avanzó, ajeno a los parroquianos que bebían con entusiasmo mientras se entretenían lanzando dardos, y solicitó al tabernero lo que precisaba: un tintero y una péñola. El hombre le exigió medio chelín para prestárselos; se lo entregó; era el último.

Regresó a su habitación. Depositó los avíos para escribir sobre la mesa. Buscó en su cartapacio unas hojas de papel; todavía le quedaban algunas con el membrete de la Compañía de las Indias Orientales. Las acomodó también sobre la mesa. Antes de sentarse, se quitó la chaqueta y extrajo la pistola, calzada en el cinto, y un juego de llaves, que llevaba en la faltriquera del pantalón. Las apoyó, el arma y las llaves, a un costado, cerca de su mano derecha. Inspiró profundamente y hundió la péñola en la tinta.

Hackney, 8 de noviembre de 1833

Señor juez:

Yo, Trevor Angus Glenn, en pleno uso de mis facultades mentales, imploro que no se culpe a nadie excepto a mí mismo de esta decisión, la de dejar este mundo. Lo hago por mi propia mano, pues la vida se ha tornado insopor- table. Antes de cometer este último acto abyecto, por el que pido al Señor que se apiade de mi alma, quiero confesar que jamás vi salir de la casa sita en el número 72 de South Audley Street, en la ciudad de Londres, de propiedad de mi amigo Jacob Trewartha, a Alexander Blackraven, conde de Stoneville. Ese joven no es en ningún modo culpable del asesinato de mi amigo, sino una víctima de nuestras confabulaciones, mías y del señor Julian Porter-White, yerno de sir Percival Neville, barón de Alderston.

A continuación procederé a referirle los hechos como yo los conozco, en la esperanza de que, una vez leída la presente, se proceda a restituir de inmediato la libertad al conde de Stoneville, y que de algún modo esto se tenga en cuenta para la salvación de mi alma.

El sábado 2 de noviembre, encontrábame en mi casa a eso de las cinco de la tarde cuando el señor Porter-White se presentó para comentarme que desde hacía unos cuantos días intentaba ver a Jacob Trewartha, sin éxito. Suponía que mi amigo Jacob no le abría la puerta de su casa en South Audley Street porque lo confundía con un acreedor. Sabiendo que yo poseía una copia de la llave de su casa, información que jamás compartí con el

inspector Holden Brown —encontrarán las llaves junto a esta carta—, Porter-White me pidió que entrásemos en el domicilio de Jacob para comprobar que estuviere bien.

Preocupado, pues yo tampoco había tenido noticias de mi amigo desde hacía tres días, accedí a la petición de Porter-White. Llegamos al 72 de South Audley Street en un birlocho de alquiler poco antes de las seis de la tarde. No se veían luces en el interior de la casa pese a que había anochecido. Entramos. La casa estaba gélida y oscura. En la planta inferior no había nadie, ni siquiera el único doméstico que Jacob había conservado —después supe que lo había despedido el día anterior—. Encendimos dos palmatorias que se encontraban sobre el trincherero del vestíbulo y recorrimos algunas habitaciones sin dar con Jacob. Subimos a la planta alta. Allí realizamos el macabro descubrimiento: estaba en la recámara contigua a su dormitorio, muerto en la tina. Un olor ferroso y repugnante me penetró las fosas nasales. El agua, que se había convertido en un líquido negro, protegía su pudor; solo asomaba la cabeza.

A punto estuve de abalanzarme sobre mi amigo en el instinto primordial que impulsa a un ser humano a ayudar a otro en aprietos, pero Porter-White me detuvo y me hizo entender que estaba muerto. Acercó la palmatoria a su rostro. Me impresionó la tonalidad cenicienta de su piel, que se acentuaba en contraste con los labios azulados. No había duda, Jacob Trewartha había abandonado este mundo.

El siguiente impulso fue correr a la calle en busca de un agente de la policía. En el trayecto hacia la casa de mi amigo, había avistado a uno en la esquina con Mount Street. Me disponía a correr hasta allí y a pedirle ayuda cuando, de nuevo, Porter-White me detuvo. Me pidió un instante con esa calma inhumana que lo caracteriza. Yo, todavía aturdido, me quedé quieto junto a la tina.

Porter-White se quitó el redingote, seguido de la levita, y se remangó la camisa. Ante mis estupefactos ojos, sumergió las manos en el agua negra de sangre y levantó, uno a uno, los brazos de Jacob. Comprendí que quería corroborar que no se hubiese suicidado cortándose las venas. Calzó las manos en los sobacos de mi amigo y, con gran esfuerzo, lo tiró un poco hacia fuera, hasta revelar el torso. Me ordenó que lo iluminase y así lo hice. El agua, que se escurría por su piel, reveló las tantas puñaladas que había recibido en el pecho. Trastabillé, la cabeza se me volvió ligera, una náusea me trepó

hasta la garganta, solté la palmatoria. Terminé deslizándome por la pared hasta el suelo.

Porter-White me apremió a ponerme de pie. Rearmó la palmatoria y me la entregó, y, mientras lo hacía, me hablaba. Me decía que no era momento para flaquear y me instaba a que me repusiera. Para la mayor claridad de mi relato, señor juez, le referiré el diálogo que sostuvimos a continuación. Porter-White declaró: «Podemos usar esta situación para nuestro beneficio». «¿Nuestro beneficio?», repetí, atontado, y él me ordenó: «Dirás que, llegando a la casa de Trewartha, has visto salir a la carrera a Alexander Blackraven por la puerta principal». «¿De qué hablas? ¿Por qué diría algo semejante?», pregunté entre confundido y horrorizado. «Es conocida la ojeriza entre Blackraven y Trewartha. Muchos caballeros han atestiguado sus discusiones y sus peleas», razonó Porter-White. «Usaremos esta información a nuestro favor», insistió. «¡No lo haré! ¿Por qué haría una cosa semejante?», me ofusqué.

Porter-White me tomó por el codo y me sacó de la recámara. Me condujo al dormitorio de Jacob y me obligó a sentarme en un sillón. Me miró con esos ojos negrísimos y fríos que tiene. «Urge sacar de en medio a Blackraven o nos arruinará el negocio del Famatina», me explicó con una paciencia que contrastaba con el apremio y el dramatismo de la situación. En este punto, señor juez, es preciso una pequeña digresión para explicarle que el señor Porter-White y los Blackraven se disputan la explotación de un cerro en América del Sur, el Famatina, poseedor de ricas minas de oro y de plata.

Increpé al señor Porter-White, le dije que yo no tenía nada que ver con ese negocio. Le recordé que tiempo atrás nos había expulsado, a Jacob y a mí, cuando ya no le servíamos. Por último, le grité que no arruinaría la vida de un inocente para ayudarlo con su compañía minera.

Quise ponerme de pie, pero Porter-White me empujó y caí de nuevo en el sillón. Entonces, llegó la amenaza. Me conminó a que hiciese lo que me ordenaba o terminaría en la prisión de Fleet, donde pasaría muchos años, pues resultaba improbable que lograría reunir las más de mil libras que le debo a la Casa Neville.

Señor juez, el miedo es la sensación más poderosa que existe, una fuerza inexpugnable que nos lleva a cometer los actos más viles, los hechos más desgraciados. Al escuchar a Porter-White pronunciar esas palabras, un pánico

inefable se apoderó de mí, y le confieso que solo habría bastado esa amenaza para convertirme en su complaciente esclavo. Porter-White debió de concluir que era mejor tenerme de socio que bajo amenaza pues a continuación intentó comprarme. Me ofreció acciones de la Río de la Plata Mining & Co., las que me convertirían en un hombre riquísimo, vaticinó, pero solo si conseguíamos sacar de en medio a los Blackraven. En caso contrario, pronosticó, lo perderíamos todo.

Un atisbo de conciencia asomó a mi mente embriagada de miedo y, debo admitir, de codicia, y le recordé que el asesinato se pena con la horca. Juré que yo no condenaría a un inocente a una muerte injusta y prematura. Mi aprensión provocó una risotada a Porter-White. Me calificó de ridículo. A continuación, dijo: «¿Crees que alguien se atrevería a hacerle daño al heredero del ducado de Guermeaux? Se levantará una gran polvareda, se hablará del asesinato, se armará un gran escándalo, pero Blackraven no perderá la vida, solo la reputación, y, junto con ella, su compañía minera», añadió.

Lo admito, señor juez, me dejé convencer. Si me hubiese tomado unos minutos para evaluar las circunstancias, no habría caído en la red que Porter-White tejía hábilmente a mi alrededor.

Convertido en su cómplice, hice lo que me indicó. Salimos de la casa de Jacob por la puerta principal, la que quedó abierta de par en par. Eran las siete menos diez; lo sé con precisión porque vi la hora en el reloj del campanario de The Grosvenor Chapel, que se alza a pocas yardas de la casa de mi amigo. Un relámpago, mensajero de la tormenta que se avecinaba, iluminó la aguja de la torre y me permitió ver claramente la hora.

Avanzamos por South Audley Street convertidos en dos sombras anónimas en la oscuridad; todavía no se habían encendido los faroles a gas. Como había previsto, el agente de Scotland Yard seguía de guardia en la esquina con Mount Street. Los últimos pasos, antes de alcanzar al policía, los caminé solo; Porter-White se había rezagado y escondido, seguramente en un sitio desde el que controlaría mi puesta en escena. En realidad, los últimos pasos, por orden de Porter-White, los corrí para imprimirle a mi actuación un mayor dramatismo. El policía, tras escuchar mi relato agitado y atropellado, sonó varias veces el silbato con el que pretendía convocar a sus colegas de las zonas aledañas, y siguió haciéndolo mientras trotaba a mi lado en dirección a la casa de Jacob.

Lo demás es conocido por todos. El joven Alexander Blackraven fue encarcelado seis días atrás y encerrado en Newgate por un crimen en el que no participó de modo alguno. Mi existencia se convirtió en un suplicio. Pese a que el inspector Brown me aseguró que mi identidad se mantendría secreta hasta el juicio, los periodistas la descubrieron y se empecinaron en una búsqueda que se convirtió en una cacería. Decidí, entonces, retirarme al pueblo de Hackney, a la espera del juicio. Estos días alejado de Londres me han permitido analizar no solo los eventos de la última semana, sino los de mi vida, que, como dije al principio de la presente, se ha vuelto intolerable. Sin embargo, antes de partir, quiero salvar a un inocente. No sé quién asesinó a mi amigo Jacob Trewartha. Solo sé que no lo hizo Alexander Blackraven, al menos por lo que a mí consta. Sirva esta detallada relación de los hechos para exonerarlo de la infamia que significó ubicarlo la tarde del 2 de noviembre en el 72 de South Audley Street cuando, en verdad, no se encontraba allí.

Que Dios se apiade de mi alma y que me conceda mi mayor anhelo, reunirme con mis adorados Sally y Angus, aunque sé que no lo merezco.

TREVOR ANGUS GLENN

Introdujo la pluma en el tintero. A falta de arenilla para secar la tinta, sopló sobre las hojas antes de plegarlas. No contaba con lacre para sellar la carta; no le importó, no era necesario. Volvió a hacerse de la péñola para escribir «Señor juez» en la cara externa de la cuartilla doblada, de modo que resultase evidente el destinatario de la misiva. La colocó bajo el pesado tintero de bronce y se quedó mirándola, satisfecho con la tarea realizada. Levantó la pistola, apoyó el cañón en su sien y disparó.

* * *